



LA ANDALUCIA DE BLANCO WHITE

Rescatado de la cárcel de «Los Heterodoxos Españoles», donde le había recluido inquisitorialmente don Marcelino Menéndez y Pelayo, José María Blanco White se nos muestra en estos días como algo más que el segundón autor del soneto inglés «Mysterious night», tal como nos fue presentado durante muchos años por los utilitarios digestos literarios a la medida del Examen de Estado. Rescatado por Vicente Llorens, por Antonio Garnica, por Juan Goytisolo (1), este sevillano empieza a correr, con su paisano Luis Cernuda, la aventura de abandonar el país del agarbamiento cultural donde crece sistemática y ordenadamente el olvido para los clérigos apóstatas, para los poetas civiles exiliados, para los españoles que no mostraron entu-

siásticas adhesiones a la situación política de su tiempo.

Casi nadie había leído en España —como le sigue ocurriendo a «Mysterious night»— las «Letters from Spain». No obstante, según es costumbre, tenían su perfecta etiqueta en los manuales universitarios de Historia de la Literatura, cementerio de famas e ingenios. En uno de ellos leemos un juicio sobre el libro que exactamente igual puede aplicarse a un espectáculo de Conchita Piquer o a la película «Un caballero andaluz», de Luis Lucia, protagonizada por el difunto Jorge Mistral en un cortijo del Sur: «Historia, geografía, folklore y religión se combinan magníficamente en cuadros llenos de vida y color». Según malicia Llorens, la losa de los prejuicios políticos había sido arrojada sobre Blanco por el ortodoxo don Marcelino al hablar «del furor antiespañol y anticatólico que estropea aquellas elegantes páginas».

Ahora se ve que aquel furor no las estropeaba, sino que quizá todo lo contrario. Lo que estropeaban aquellas páginas era el universo rectilíneo de la tridentina cultura española, con sus puertas puestas perfectamente al campo. Y estropeaba también la posibilidad de esta sana difusión que ahora tienen los escritos de José Blanco (2), de quien habrá que decir, para bienpensantes, que nada tiene que ver con su homónimo el cupletero y sí mucho, en cambio, con un tocayo y paisano suyo, que en su trastienda librera de la Cuesta del Rosario mantuvo heroicamente, en Sevilla, encendida la llama del feo y caduco liberalismo durante nuestros más triunfales años de la posguerra.

Gran parte del criticismo de Blanco sobre la sociedad, la cultura y la religión españolas sigue en pie. Por la parte que le toca a los temas andaluces, la vigencia parte de la supervivencia de esquemas sociales y económicos del XVIII en las tierras del Sur. Cuando Blanco describe la Andalucía que conoció, recordándola desde el exilio londinense, se ocupa de estas determinantes sociales como hechos que vienen ya entonces del pasado, que arrancan en muchos casos de la Reconquista fernandina. Nosotros, ahora, en sus «Cartas» podemos hacer un corte de cátedra de Anatomía de la situación social del Sur español a los comienzos del siglo XIX. Pero lo triste del caso es que en 1972 puede hacerse una vivisección sobre tal situación, ya que gran parte de aquellos esquemas siguen con vida en el cuerpo de Andalucía.

(1) José Blanco White: «Cartas de España». Introducción de Vicente Llorens; traducción y notas de Antonio Garnica. Alianza Editorial. Madrid, 1972.

(2) Cuando escribo este trabajo aún no ha llegado a Sevilla la traducción de las «Cartas» por Juan Goytisolo, anunciada por Barral Editores.

Gran parte del criticismo de Blanco sobre la sociedad, la cultura y la religión españolas sigue en pie. Por la parte que le toca a los temas andaluces, la vigencia parte de la supervivencia de esquemas sociales y económicos del XVIII en las tierras del Sur.

El jubileo y los maestros sin gremio

La Andalucía de Blanco White sigue, pues, en pie en buena parte, como sigue la de Mateo Alemán en la picaresca de bailadores del agua de los señoritos y la de Estébanez en los festivales flamencos, sólo que cada una en una ciudad, en unos ambientes distintos. En el sálvese-quien-pueda que una civilización preindustrial y unos esquemas económicos precapitalistas han impuesto a aquella Andalucía en trance de descomposición, las ratas, en la huida del barco, se han refugiado en diversos sótanos: casinos supuestamente culturales, academias barroquizantes, tradiciones religiosas fosilizadas, usos sociales de los barrios y del lumpenproletariado.

Blanco habla en su Carta Primera del fervor concepcionista, casi beligerante, de la ciudad de Sevilla: «Los españoles, y en particular los sevillanos, con su proverbial galantería —dice de la discusión teológica entre dominicos y franciscanos a la hora de propugnar el Dogma de la Inmaculada Concepción— se pusieron de parte del honor de Nuestra Señora, y abrazaron con tanto entusiasmo esta última opinión, que convirtieron el santo y seña de su partido en el saludo que todavía prevalece en Andalucía». El Ave María Purísima como saludo al entrar en una casa queda en los pueblos. Pero el entusiasmo concepcionista, cuando ya nadie pone en duda un Dogma tan español, sigue en las ciudades, y muy batallantemente por cierto.

Blanco escribe: «Dios y el Rey están tan unidos en la lengua del país, que a los dos se les aplica el mismo título de Majestad». En los días de primavera, la prensa sevillana trae todavía convocatorias de procesiones sacramentales «de Su Divina Majestad bajo palio» para el cumplimiento pascual de enfermos e impedidos. En un refugio municipal me decía una mujer hace unas semanas, refiriéndose a cuando llega allí una de estas procesiones parroquiales:

—Si viera usted lo bonito que ponemos todo esto cuando viene Su Majestad...

En la agenda religiosa del día, los periódicos traen también una pequeña nota que dice: «Jubileo circular: hoy y mañana, en la iglesia de...». Es la Andalucía de Blanco que sigue en pie: «Las señoras disfrutaban con frecuencia de la distracción de la música y el sermón en la Iglesia señalada aquel día para la pública adoración de la hostia consagrada, que se realiza ininterrumpidamente de la mañana a la noche, a lo largo de todo el año, en esta y en otras grandes ciudades españolas. Esta ceremonia se llama jubileo».

Y, por extensión, se llama toda

via jubileo a cuando entra y sale mucha gente de un sitio. Por ejemplo, a un vecino le tocan las quinuelas. Y dos vecinas comentan la de gente que fue a felicitarle a su casa:

—Huy, hija, aquello parecía un jubileo...

En «Ocnos» —otra recomendable guía para adentrarse en la Andalucía que ni se compra ni se vende—, Luis Cernuda observaba que en esta tierra, tan señorialmente organizada en función de los que tienen títulos, había un especial cuidado popular en atribuir algunos a los que no los poseían. Así, a cualquier hombre de edad avanzada se dirigía la gente, en tiempos de Cernuda y se sigue dirigiendo todavía, anteponiendo el tratamiento de abuelo. Y para los que no son señores, sino trabajadores, el tratamiento es el gremial de maestro. Se puede oír a un muchacho que se acerca a un subdesarrollado puestecillo de pipas y chucherías preguntando al dueño:

—Maestro, ¿cuánto cuestan los chupa-chúps?

Ha permanecido el sentido de elevación social ficticia por la vía de la semántica en estos maestros sin gremio, artistas de quitarse el hambre a bofetadas. Queda en pie cuanto describe Blanco: «Subsiste un espíritu de vanidad en la nación que llega incluso a las clases inferiores y que se puede descubrir en la evidente humillación que los domésticos y los trabajadores manuales sufren cuando se omiten ciertas formas de tratamiento que parecen ir dirigidas a arrojar un velo sobre la humildad de su condi-

ción: en efecto, es casi un insulto llamar a un hombre herrero, carnicero o cochero. Todos ellos esperan ser llamados por su nombre de pila o por la apelación general de maestro».

Un toro amaestrado

En la Andalucía del señorío ganadero de reses bravas permanecen lances increíbles. Escribe Blanco White del cordobés vizconde de Miranda: «Este caballero había domesticado a uno de sus novillos favoritos y lo había acostumbrado a que entrara en su salón, con gran sobresalto de los visitantes, hasta que en cierta ocasión, y por cierto de forma bastante ruda, el toro, olvidándose de la mansedumbre aprendida, dio una cornada mortal a un criado, por lo que su dueño no tuvo más remedio que darle muerte».

Todavía hace siete años, un novelista sevillano puede escribir (3): «Joaquín Pareja, que tenía un novillo domesticado, se presentó en el Casino de la Exposición diciéndole al portero: "Si viene un toro preguntando por mí, que pase" —¡la que se armó en medio del baile cuando, en efecto, apareció el toro!—».

A los ojos de Blanco se presenta una Andalucía taurina de marcado corte señorial, que aún puede hallarse en los cortijos de las campi-

(3) Manuel Barrios: «La espuela». Editorial Destino, Barcelona, 1965.

En las «Cartas» podemos hacer un corte de Cátedra de Anatomía de la situación social del Sur español a los comienzos del XIX. Pero lo triste del caso es que en 1972 puede hacerse una vivisección sobre tal situación, ya que gran parte de aquellos esquemas siguen con vida en el cuerpo de Andalucía.



ñas del Guadalquivir. La Andalucía de las tientas: «Hacia el comienzo del verano, los ganaderos, que suelen ser hombres de fortuna y rango, invitan a sus amigos a la tienda de los becerros nuevos, con objeto de seleccionar los que van a ser destinados al ruedo. Estas reuniones se celebran con el mejor aire festivo». La Andalucía de unos ritos taurinos que ya son arcaizantes a comienzos del XIX: «Un alguacil, vestido con el antiguo traje español, sube al palco presidencial de la galería y recibe en su sombrero la llave del toril, que el presidente le arroja. Apenas el alguacil ha entregado la llave al mayoral, cuando a una señal del presidente, que saca el pañuelo, suenan los clarines, y entre el estruendo de los aplausos, la puerta se abre, y el primer toro entra velozmente en la plaza». La Andalucía de las supersticiones religiosas de los toreros, de sus capillitas de estampas milagrosas y evitadoras de cornadas: «Los toreros proceden de las clases más humildes de la población, y como muchos de sus iguales, unen en su conducta la superstición y el libertinaje. Ninguno de ellos se atreverá a pisar la arena sin llevar un escapulario». La Andalucía del origen señorial del ahora tan popularizado rejoneo de las cien apoteosis aseguradas al año: «Supongo que usted habrá oído o leído que los caballeros españoles lidian toros en público, pero en realidad esto no sucede más que en las fiestas de la coronación de nuestros Reyes y en su presencia. En estas ocasiones salen a caballo y son servidos a pie por los mejores toreros profesionales. En la lidia usan unas varas cortas con una ancha hoja de acero que se llaman rejonas».

Pero no sólo siguen vigentes estos esquemas sociales. Está en pie incluso «la exagerada confianza y la loca arrogancia que reinan en Sevilla», que parece que Blanco hubiera escrito tal frase pensando en la grave crisis laboral y económica del Sur en los últimos años. Hasta queda en pie la agresividad social de los andaluces, un racial amor a la sangre que habría de confundirse con las aspiraciones justicieras del pueblo cuando quería llevar a los campos señoriales los esquemas de la «Idea»: «En muchos pueblos importantes, la capa del patriotismo había servido de excusa para entregarse a la desdichada propensión que tienen los españoles del Sur a derramar sangre, y que deslustra sus muchas buenas cualidades. El objetivo de la ira popular eran, desde luego, los franceses, aun los que llevaban muchos años establecidos en España; pero la mayor parte de los asesinatos que nos contaron eran de españoles que con toda probabilidad debieron su triste suerte a envidias y venganzas particulares, y no a sus opiniones políticas». ■ ANTONIO BURGOS.